

LA RIBERA DEL TAJO.

ALBUM DE CIENCIAS Y LITERATURA.

Este Album se publica los días 1, 8, 16 y 24 de cada mes.—El precio de suscripción es por un mes 6 rs., tres 16 y seis 30 tanto en Toledo como fuera, remitiendo su importe en sellos de franqueo o libranza de fácil cobro á D. Juan Bueno, calle de Belen, núm. 19.

Los señores suscritores que gusten remitir trabajos para su inserción, pueden hacerlo, siempre que estén firmados, y no sean ajenos al objeto de esta publicación, dirigiéndose á la redacción, calle de Belen, núm. 19.

Seccion científica.

LOS TRES HERMANOS.

II.

Quando la historia, fuente cuyos manantiales puros y transparentes ofrecen al que quiere beber en ellos un agua cristalina, donde se reflejan las acciones buenas ó malas de los personajes que describe, está escrita con imparcialidad, por una persona que sin odio con ninguno de los partidos beligerantes, relata solamente la estricta verdad, el ser de las cosas, y la exactitud de los hechos, entonces la historia está en su verdadero lugar, es lo que siempre fué, lo que siempre será. La espresion fiel y verídica de sucesos pasados que instruyan á las generaciones venideras, marcando los escollos que deben evitar, señalando la verdadera senda que deben proseguir: mas que por cualquier motivo la historia deje de ser una pintura fiel, el retrato fidedigno de un reinado, de una nacion entera; que se escriba esa historia por hombres que guardando en su corazón los odios enconados de un partido, que haya parcialidad, en una palabra, y entonces, el mundo venidero no acierta á descifrar lo que en aquel reinado y en aquella nacion sucedió: unos se dejan arrastrar por la opinion del historiador, á quien conceptúan hombre imparcial y desinteresado, y aumentan, y añaden, y multiplican los horrores donde ven horrores: convierten en torrentes de sangre vertida por el tirano y déspota monarca, lo que solo vieron pequeños arroyuelos, y cada vez crece mas la confusion, es mas intrincado el laberinto y mas difícil la salida. Y el personaje, que, un historiador enemigo y del bando contrario, nos presenta justiciero hasta rayar en lo cruel, en el trascurso de los siglos aparece ante nuestra imaginacion, merced á las exageraciones impremeditadas, y enconos satisfe-

chos, como un monstruo horrible, teñido en sangre de piés á cabeza, gozando solo con la magnífica vista de cadáveres hacinados, muertos por él, y otras lindezas por el estilo. Esto respecto á los detractores. Entremos ahora en los que le defienden contra todo viento y marea, en los que cerrando los ojos á la razon, y los oídos á las voces de la verdad, hacen de él un ser justo, impecable, varon recto, probo y cristiano, y no van mas allá, hasta la canonizacion, porque no encuentran ningun santo por aquellos tiempos de su nombre, que á no ser así, no pararian sus alabanzas hasta colocarle en la mansion celestial. En esta diverjencia de pareceres, tan insultado por unos, tan aplaudido por otros, llega á los siglos venideros, convertido su carácter y sus hechos, en un verdadero geroglífico, que cuesta no pocos sudores descifrar, cuando esto puede conseguirse.

Tal es lo que ha sucedido con D. Pedro.

En lucha abierta con la nobleza de Castilla desde el momento de pisar el trono real, sin descanso un solo instante, pero sin rendirse á la fatiga, sucumbiendo en la lucha, y dejando por sucesor á su asesino; no ha llegado hasta nosotros ni un manuserito, ni una historia, ni una crónica, que pueda llenar nuestros deseos; pues buen cuidado tendria cualquier prudente escritor, de no publicar sus verdaderos hechos, bajo el reinado del bastardo fratricida, ó durante el gobierno de sus hijos y nietos.

Solo una crónica contemporánea ha llegado á nuestros dias; está escrita por un caballero, partidario primero del rey D. Pedro, y que despues sirvió no solo á D. Enrique, sino á su hijo Don Juan I, y á D. Enrique III, el doliente; cuyas crónicas tambien ha legado á la posteridad: este cronista es D. Pedro Lopez de Ayala.

Imparcial y de recto juicio algunas veces, en otras semeja á una nube que cubriendo por mitad al sol, por un lado llena los campos de destructor granizo, y por el otro vierte copiosos rau-

dales de luz y de alegría; por un lado salva, por otro destruye.

Escusado es decir que el mejor lugar no será el de D. Pedro.

Mil autores contemporáneos tomando á su gusto y segun la idea que tenian formada en su imaginacion de ese enigma viviente de la edad media, han sacado deducciones y aducido datos para probar aquello que deseaban probar: unos le insultaron abrumándole de glorias y virtudes, otros le han agraviado, abrumándole de crímenes y vicios: algunos le han estudiado con prolijo esmero, y nos le han presentado adornándole con sus virtudes, sin despojarle de sus vicios. Sigamos esta senda que es la verdadera, la que nos ha de guiar al fin que anhelamos.

Apenas ocupa el trono el rey D. Pedro, niño aún, sin voluntad propia, extraño á las cosas del gobierno, pues su buen padre D. Alfonso le dejara siempre para consolar á su abandonada esposa Doña María, los nobles empiezan á rebelarse, quiénes por un espíritu avieso y de malas condiciones, quiénes por enemistades con la reina madre, quiénes por desavenencias con el favorito Juan Alfonso de Alburquerque, y quiénes, en fin, por medrar, pues veian tras su rebelion un buen castillo que codiciaban hacia mucho tiempo, un señorío ó una encomienda.

Sobre este círculo de ambiciosos y rebeldes se elevaba el trono, ocupado por un niño de quince años á quien dirijia una madre llena de odio y venganza, y un noble avariento y receloso.

Tiempo es ya de que tratemos de algunos crímenes que dan un tinte sangriento y horrible á la caballeresca figura histórica del rey que nos ocupa.

Al defenderle no tratamos de sacar ileso y puro su nombre del anatema que la historia le ha lanzado: desaciertos y errores cometió, como desaciertos y errores cometieron los reyes que le antecedieron y han cometido todos los que le han sucedido: como simple mortal podia pecar y pecó infinitas veces, muchas de ellas en otros tiempos y mejores circunstancias, quizás hubiera obrado con mas acierto.

La primera gota de sangre que arrojan sus detractores sobre la pura frente del niño rey, es la de la célebre Doña Leonor de Guzman, la favorita, mejor dicho, la verdadera reina de Castilla en vida de D. Alfonso.

Examinemos las razones que hubo para ejecutarse aquel crimen.

Hay en primer lugar una reina que pierde su dignidad, y en lugar del brillo y esplendor de la corte, encuentra el frio y solitario salon de un alcazar rejio abandonado: una esposa, que ama con fervor y se vé despreciada por una manceba:

una madre, que vé á su hijo lejítimo olvidado y sin ocupar el rango que por su nacimiento le corresponde y en cambio contempla á otros hijos del crimen y de la manceba brillar en la córtes y ser tenidos como verdaderos infantes. ¿Qué mas justo, que cuando la reina, la esposa y la madre se encuentra en ocasion de vengarse de la que á tan mal estado la redujo, dé rienda suelta al furor y mande á su escudero á la prision de su rival, por su autoridad, por cuenta propia y sin parecer ni órden de nadie la dé la muerte? Mil hechos de estos refieren las historias de todos los paises, de todos los tiempos, desde que el mundo es mundo.

Hay luego una multitud de perversos ricos-homes, que atizan los odios de aquella reina ultrajada y la animan á la venganza... Doña María de Portugal les escucha placentera, porque sus consejos alhagan á las ideas de venganza que en su corazon dominan, y en un momento de exaltacion manda á Alfonso Fernandez de Olmedo á la prision de la antigua favorita Doña Leonor, y la asesina, vengando de este modo los desprecios del esposo, los desdenes del amante y el odio del padre. Puede decirse que el asesinato de Doña Leonor fué una tragedia que principiò en el momento de enamorarse de ella el rey Alfonso, y que terminó en la lóbrega prision de Talavera.

Este crimen tan notable, en el que ninguna intervencion tuvo el jóven rey, crimen preparado por el mismo Alfonso onceno, llevado á cabo por su esposa, y ayudada por los grandes de su partido, es el primero que atribuyen á D. Pedro. Lo espresado anteriormente basta á demostrar cuan poco razonada es esta acusacion, pues él entonces; subyugado por Alburquerque, y su madre, solo reinaba en nombre; además que en este crimen solo debe verse una venganza mucho tiempo hacia premeditada, y que las circunstancias hicieron entonces realizable. Cúlpese á D. Alfonso por sus acciones; cúlpese á la reina Doña María por sus celos y odio; cúlpese á serviles favoritos y revoltosos ricos-homes; pero quede libre de tal mancha quien no tuvo en tal delito la menor participacion, quien acaso lo ignoró hasta despues de haberse ejecutado.

En artículos siguientes seguiremos con mas detencion, pues tiempo esperamos tener para ello, la noble tarea que hemos emprendido; de esclarecer la verdad, ahogando ante sus purísimos reflejos la perfidia y la calumnia.

F. DE P. VELAZQUEZ Y LORENTE.

Sección literaria.

UN SUEÑO DE MI BARBERO.

Las sonoras vibraciones de un reloj de pared que anunciaban las once, me hicieron abandonar precipitadamente el lecho en una apacible mañana de otoño; tenía con precisión que escribir algo con que poder llenar siquiera cinco columnas del periódico *La Ribera del Tajo*, y me había dormido.

Vestíme presuroso y papel en mano y pluma en ristre me dispuse á llevar á cabo mi tarea, pero todos mis esfuerzos fueron vanos; agolpábanse en mi imaginación un confuso tropel de nombres, fechas, épocas y hechos, y de todo aquel inmenso caos, no podía coordinar una idea fijada en la cuál pudiese salvar mi responsabilidad.

Por último, después de rascarme la frente y roerme las uñas en busca de recursos, viéndome reducido al último extremo, resuelto á declararme en quiebra, saqué de mi petaca un cigarro y arrellanándome cómodamente en un sofá, traté de olvidar mi compromiso, contemplando las caprichosas espirales que formaba en el vacío la azulada columna de humo que partía de mis labios.

En este estado y cuando ya ajeno á todo me iba encontrando casi satisfecho de mí mismo, una voz asáz conocida vino á turbar mi paz; esta era la de mi barbero, mozo vivaracho, de negros ojos, acicalado, decidór sin segundo y galanteador sempiterno, charlatan, como todos los del gremio, salvo alguna rara escepcion.

Este, por la antigua amistad que le une conmigo, tiene la costumbre de invadir mi casa á guisa de plaza ganada por asalto.

—Buenos días, amigo N., me dijo, acompañando este saludo con su lijera sonrisa y una pequeña inclinación de cabeza.

—Muy buenos maese Conchillos, le respondí un tanto amostazado. No os estrañe carísimas lectoras, y me dirijo al sexo femenino porque me gusta en todo preferir á las señoras, que lleve mi barbero semejante nombre; nombre que en el siglo del vapor y de la electricidad está abolido, pero que por cierta aventura parecida á las del amanuense de Gil del Arco, escribano que tan bien caracteriza el fecundo escritor Sr. Fernandez y Gonzalez en su *Martin Gil*, le aplicó un íntimo amigo nuestro, *de quien nunca nos separamos; y á quien deseamos toda clase de felicidades.*

—Parece, continuó, que estás disgustado.

—Si, le dije, tengo un humor de los diablos,

me veo como se dice luego entre la espada y la pared; tengo que escribir un artículo para el periódico y por mas vueltas que doy á mi imaginación ni un pensamiento siquiera puedo coordinar.

Siguióse á esto un momento de silencio, durante el cual, después de las preliminares operaciones de colocarme el paño, bañarme y dar la indispensable media docena de vueltas á la navaja me empezó á afeitarse.

—Vamos maese, qué hay de guerra, cuéntame algo. ¿Qué me dices de los insultos que tan bárbaramente nos infieren los venales escritores ingleses, temerosos de que rompamos las hostilidades en Marruecos?

—Nada sé, hace días que no veo periódico alguno, pero puesto deseas que te diga algo, voy á referirte un sueño que he tenido que por lo original creo podrá entretenerte un rato.

—Veamos, querido, veamos, le dije prestando suma atención.

—Anoche, serían las once cuando después de asistir á la representación de los Magyares, á pesar de que en mi pobre juicio, creo que esta como todas las zarzuelas, son una de las mil cosas que en el siglo de las luces agradan, y por las que creo no formarán muy buena idea de nuestro criterio las gentes venideras, me retiré á casa; la vista de aquel espectáculo, y el parangon hecho por mí del noble porte de los bravos hijos de la Ungría en aquella época, con el papel que les hemos visto desempeñar en la reciente cuestión de Italia, despertó en mi mente una porción de ideas embebido en las cuales me quedé profundamente dormido; pero es el caso, que en lo más dulce de mi sueño sentí un ruido estraño en la puerta de mi dormitorio, y mudo de espanto miré entrar por el agujero de la cerradura una lejion de enanos, duendes y brujas, de todos tamaños, clases y cataduras. A la vista de aquella falanje estrambótica, para mí mas temible que los batallones de zuavos para los austriacos, oculté mi cabeza entre las ropas de mi cama, pensando hallar así seguridad contra aquella invasión, pero todo fué en vano.

La madre Celestina, generala en jefe de aquellas haces, después de formarlas en semicírculo en derredor de mi lecho, se acerca, levanta con su descarnada mano, parecida á un manojo de sarmientos, mi ropa, y asiéndome de un brazo esclama:

—Ignorante mortal, tú que te crees bastante conocedor del corazón humano, alza y escucha. Una fuerza irresistible me obligó á dejar con pesar mio la cama. Voy á hacerte ver, continuó, que tú como todos los que forman esa pleyada de sábios que abundan en los presentes tiempos, no alcanzáis á ver mas allá de vuestras narices, voy

á hacerte conocer que todo cuanto creéis es una mentira, y á demostrarte el corazón de los hombres, separando, para que puedas apreciar mis observaciones, el velo de hipocresía que les cubre; y uniendo la acción á la palabra, trazó con una varita que llevaba en la mano un gran círculo en la pared, pronunció unas frases que no entendí, y aquel círculo quedó instantáneamente convertido en un espejo, en cuya luna, después de contemplar maravillado la reproducción de mi imagen á pesar de estar colocado delante, vi clara y distintamente los hombres y las cosas tal y como te lo voy á referir.

—Ves, me dijo, señalando el centro de la esfera, aquel caballero grueso de continente grave y mesurado paso, le has visto cuán devotamente se quita el sombrero ante la imagen de aquel Cristo, que alumbrado por un mezquino farolillo, se encuentra colocado como otros mil en las calles más sucias de la antigua ciudad de los Concilios, y reza y se dá golpes de pechos, y lleva el pendon en la procesion de su parroquia, poniendo en el átrio de la iglesia, y sentado en la mesa de la rifa cedulitas á la rosca y á los demás juguetes con que allí se comercia y no falta á los ejercicios, echando limosna á todos los comisionados de las cofradías y hermandades, que bandeja en mano y en número fabuloso acompañados de su indispensable tambor y clarín y alguna que otra vez de un pito, invaden las plazas y aporrean las puertas, comprometiendo al prójimo é incomodando con su desagradable ruido á los pacíficos vecinos. Tú al verle así, le crees un dechado de honradez y un modelo de virtudes, pues te engañas, ese hombre á quien tú crees se debía canonizar, es un prestamista que remedia las necesidades de los pobres exigiendo un noventa por ciento, y bajo esa capa de santidad que ostenta, habitan el egoísmo y la mala fé.

—Ves aquella jóven de cabellos de oro y de ojos de cielo, la ves cuán humilde aparta su vista de la alegre muchedumbre que inunda la calle, la ves cuán indiferente contempla á pesar de sus diez y ocho primaveras las fiestas y los placeres; su familia y sus amigos sienten que lleve á cabo el pensamiento que ha enunciado de encerrarse en un claustro, por eso desdeña las galas, por eso ella que antes gastaba horas enteras en su *toilette* estudiando sonrisas con que agradar, miradas con que fascinar, y viendo el efecto que producía entre sus rubias trenzas un elegante prendido ó una caprichosa combinación de flores, mira ahora con la mayor calma, con el mayor desden sus mejores trajes, sus más bellos adornos; tú al ver su tranquilidad, al escuchar de sus labios el proyecto de su profesion, creerás que una verdadera vocacion, que una resolucion me-

ditada, la mueven á consagrarse á Dios, dejando para siempre la corrompida sociedad, pero te engañas: su alma no siente lo que dice su boca, su empeño decidido por huir del mundo, no es dictado por una natural inclinacion, le dicta su desesperacion, su desmedido orgullo: le dicta su amor propio herido por un amargo desengaño; pero no creas que á pesar de todo, ella renuncia de verdad las fiestas y los placeres, no creas que llevará á cabo lo que anuncia; en el momento que otro hombre murmure á su oído alguna amorosa frase, alguna flor de esas que en un paseo ó en un baile se prodigan con tanta frecuencia, sus ideas religiosas se desvanecerán como el humo, su indiferentismo y apatía volverán á trocarse en coquetería y solicitud, y la verás de nuevo colocada ante su espejo, estudiar maneras y ensayar acciones.

—Ves aquel hombre ó guarda canton, que á guisa de puntal sostiene aquella esquina, fija la vista en las verdes persianas del balcon de la casa de enfrente, le ves como se arregla la corbata, se estira el chaleco, atusa su mostacho y tararea, silva y fuma, para hacer más llevaderas las horas que pasa de eterno planton; pues ese ente es un novio; te extrañará verle con el paraguas cerrado y aguantando la lluvia que le echa á perder su sombrero; pero lo hace con el objeto de que los papás de su adorado tormento no se aperciban de su presencia por el ruido que hace la lluvia al azotar aquel incómodo trasto. No creas, ese tonto de capirote, sufre con placer todas esas molestias acompañadas de alguna que otra pulla de los transeuntes y con tal ó cual cascarazo que le larga desde la ventana de su cocina alguna picaresca fregatriz, porque cree de todo corazón el amor que le pinta la señora de sus pensamientos, que muy alegre y al amor de la lumbre de la estufa, pasa las horas que el infeliz sufre en la calle muerto de frío, en amable conversacion con un oficialito que visita su casa.

—Ves.... Aquí llegaba de mi sueño, cuando las fuertes vibraciones de una esquililla me hicieron despertar, impresionado todavía con las escenas que durante toda la noche habia presenciado, abrí los ojos, y cuál fué mi alegría al encontrarme en mi misma cama y libre de aquel enjambre estrambótico; respiré, y ya me iba convenciendo de que hasta el ruido de la campanilla habia sido una ilusion, cuando sus sonoros ecos me hicieron dudar de si estaba soñando todavía; deseando poner término á la duda, me arrojé del lecho y

presuroso abrí el balcon de mi alcoba, allí encontré la luz que deseaba; un hombre colocado en medio de la calle ajitaba haciendo sonar con fuerza el susodicho instrumento, y á voz en cuello y con una entonacion nada agradable, cantaba las siguientes coplas:

*Al rosario de la Aurora tocan
Dices que estás malo y no puedes ir,
Si fuera á una buena comedia
Tú te levantarás é hicieras por ir.
El demonio como es tan travieso
Tiró una pedrada y rompió un farol
Y salieron los frailes Franciscos
Y le conjuraron en un callejon.*

Conjurado no, empalado te habias de ver tú, grité lleno de ira, alborotador maldecido, asusta chiquillos: concluir te haria yo tu canto, como la fiesta que anuncias; y lanzando mil imprecaciones contra las estrañas costumbres que se conservan todavia en nuestra bendita Toledo, cerré mi balcon y volvíme á la cama; eran las tres de la mañana.

Terminó de hablar mi barbero al mismo tiempo que de afeitarme, recojió sus trastos y despues de un apretón de manos y un saludo, salió de mi habitacion; al verle desaparecer, dije para mis adentros, me has salvado maese, me has salvado, y sobre la marcha escribí lo que llevas leído, caro lector, consiguiendo de este modo cubrir mi compromiso y llenar las cinco columnas del periódico.

JULIAN CASTELLANOS.

Poesías.

EL PRIMER AMOR.

LEYENDA ORIGINAL.

I.

DON RODRIGO.

En tiempo de Alfonso octavo,
Aquel monarca guerrero
Que en diferentes combates,
Y al frente de un corto ejército,
Hizo humillar la cerviz
Al moro fuerte y soberbio,
Don Rodrigo de Aguilar
Era de los caballeros
Mas apuestos y gallardos
De la ciudad de Toledo;
El Adonis de las damas,
La envidia de los mancebos
Y el terror de los maridos
Por sus locos devaneos.
Y diz que muchas hermosas
Cuando sienten desde lejos
El trote de su caballo,
Que es tan velóz como el viento,
Salen á las celosías

Con recato y con misterio,
Y al contemplar del ginete
La arrogancia y talle esbelto,
A una esperanza de amor
Abrigo dan en el pecho.
Mas ¡triste de la que admite
De Rodrigo los obsequios
Y guiada solamente
Por un amor puro y tierno,
Se fia de sus promesas
Y continuos juramentos!
Que en los brazos del galan
Ha de caer sin remedio,
Y despues de envilecida,
Para mayor desconsuelo,
Entregada se verá
Al olvido y al desprecio.
Y si tan graves ultrajes
Vengar quiere algun mancebo
Y al temible Don Rodrigo
Llega á proponer un reto,
En la demanda perece
Por tan noble atrevimiento;
Porque sabe manejar
Con tal destreza un acero
Don Rodrigo, y és tan grande
Su valor al mismo tiempo,
Que anonada á su enemigo,
Aunque sea muy sereno;
Y está tan acostumbrado
A los lances de este género,
Que es raro el dia que pasa
Sin verificar un duelo,
Al paso que siempre queda
Victorioso en todos ellos.
Por eso todos le temen,
Todos le tienen respeto,
Y aunque les conste á las damas
Que es inconsecuente y pérfido,
No pueden menos de amarle,
Porque diz que en aquel tiempo
Don Rodrigo de Aguilar
Era de los caballeros
Mas apuestos y gallardos
De la ciudad de Toledo.

Entre las muchas hermosas
Que en conquistar puso empeño,
Una halló, que indiferente
Se mostró á sus galanteos,
Conocida en la ciudad
Por su ilustre nacimiento,
Siendo tambien la mas bella
De todas las de su sexo.
Era Doña Inés de Luna,
La de los rubios cabellos,
La de los ojos azules
Y la de nítido cuello.
Cándida niña inocente,
Ángel hermoso del Cielo,
Hermosa como las sílfides
Que el amor nos pinta en sueños.
Y aunque siempre Don Rodrigo,
Valiéndose de mil medios,
La dió á entender la pasion
Que él ábrigaba en su pecho,
En la hermosa Doña Inés
Halló un continuo despego,

Siendo esto bastante para
 Convertir en tierno afecto
 Aquello que en un principio
 Solo fuera un loco empeño.
 Y á tal extremo llegó
 El delirio del mancebo
 Que queriendo á Doña Inés
 Poseer á cualquier precio,
 Por esposa la pidió,
 Con entusiasmo y anhelo,
 A Don Gonzalo de Luna,
 Padre de un ángel tan bello.

(Se continuará.)

MATEO CASADO Y REAL.

LA VUELTA DE ALHAMAR.

Entre acacias y naranjos
 En la vega granadina,
 Junto á una suave colina
 Que riegan Darro y Genil,
 Cual un nido de palomas
 Escondido en la espesura,
 De elegante arquitectura
 Se alza una casa gentil.

Frescos cármenes floridos,
 Ciñéndola dulcemente,
 Embalsaman el ambiente
 Con perfume embriagador,
 Y en las copas verdecidas
 De sus altos limoneros
 Lanza trinos placenteros
 El pintado ruseñor.

Junto á un saltador de mármol
 Que cercan rojos claveles,
 Al que prestan dos laureles
 Sombra y encanto á la par,
 Una niña seductora
 De una guzla acompañada,
 Con voz dulce y delicada
 Al viento dió este cantar.

Auras que vertiendo olores
 A las flores
 Dulces besos regalais,
 Y en la verde primavera
 La pradera
 Con blando aliento animais.

En vuestras alas cargadas
 Perfumadas
 Con acacias y azahar,
 Llevad mis ayes dolientes
 Dilijentes
 Do se encuentra mi Alhamar.

Decidle que el alma mia
 Loca ansía
 Su frente tostada ver;
 Y en su fogosa mirada,
 Estasiada,
 Amor y dichas beber.

Que dé reposo á la lanza
 Sin tardanza
 Y al fatigado alazan,
 Y á gozar blandos abrazos
 En mis brazos
 Vuete con rápido afan.

Que abandone el campamento
 Y el duro casco y la malla,
 Y no escuche el ronco acento
 Que dán las trompas al viento
 En la revuelta batalla.

Que es mas hermoso en plática de amores
 Del tilo verde á la tranquila sombra,
 Prestándonos el césped verde alfombra
 De la aurora admirar los resplandores
 Y sentir el murmullo de la fuente
 Que suspira entre flores dulcemente.

Y escuchar en la enramada
 La graciosa melodía
 Con que el ave enamorada,
 Con cántica apasionada
 Cuenta sus penas al día.

Y admirar en la pradera
 El perfume de las flores,
 Que gallarda y hechicera
 Pinta de vivos colores
 La risueña primavera.

Cesó el canto de la hermosa
 Al ver cruzar la llanura
 Con arrogante apostura
 Envuelto en blanco alquicel
 A un bizarro caballero,
 Que con rostro polvoroso
 Galopaba presuroso
 Sobre un ardiente corcel.

Un ¡ay! llena de gozo
 La niña lanza,
 Que es su amor el ginete
 Que ufano abanza,
 Y en el momento,
 Olvida sus pesares
 Y su tormento.

El al mirarla de pasión henchido
 Del fogoso alazan salta al instante,
 Y á su encuentro corriendo conmovido
 En sus brazos la estrecha delirante;
 Suspiros mil exhala comprimido
 De gozo y de pasión su pecho amante,
 E imprime en los corales de su boca
 Un ósculo de amor con ansia loca.

JULIAN CASTELLANOS.

AL ÁFRICA.**Cancion.**

Ha llegado el momento precioso
De mostrar cada cual su valor,
Colocando el pendon victorioso
En las torres del torpe traidor.

Orgullosos, con bárbaro encono
Insultaron el trono español,
Y ahora quiere brillar ese trono
Aún mas puro y luciente que el sol.

¿Hay alguno que sordo á sus voces
Presuroso no acuda á la lid,
A mostrar á esos hombres feroces
Que aún alientan los hijos del Cid?

Imposible, jamás dejenera
Ningun pueblo que supo luchar,
Cuando quiso nacion extranjera
Tan impune y villana triunfar.

No hay partidos, feliz la victoria
Ya despunta del mundo á la fáz,
Y la España se inunda de gloria
Que disfruta en benéfica paz.

De qué importa la turba insolente
Que allí grita en fatal confusion,
Si al mirarnos los dos frente á frente
Huye de ellos la fé y corazon!

¡Sús, guerreros! al África vamos
Y unos de otros lidiemos en pos,
Por la patria valientes luchamos
Defendiendo la causa de Dios.

Al sentir de la España el embate
Los verán temerosos lidiar,
¡Hurra pues! nos espera el combate:
Español, á morir ó triunfar.

GABRIEL BUENO.

Letrilla.

El que la echa de aguerrido
Con la pistola y el sable,
Cuando no hay nadie que hable,
Ni se dé por ofendido,
Pero que se larga al trote
Cuando observa que un garrote
Pone á su hablar cortapisa,

Me dá risa.

La que vá contrita al templo,
Y en su afan extraordinario

Pasa y repasa el rosario,
Dando de piedad ejemplo,
Y luego en paseo, coqueta,
A nada y nadie respeta,
Siendo el *brillar* su divisa,
Me dá risa.

La niña que vierte llanto
Porque quince abriles cuenta
Y ni un novio se presenta
Que remedie su quebranto,
Y desde reja y balcones
Ayes y lamentaciones
Manda á la lijera brisa,
Me dá risa.

El pobre que enamorado
Está de su esposa, y loco,
Cuando á ella la importa poco
El ente que lleva al lado;
Y en alas de impuro amor
A su amante dá una flor,
Y un callo al marido pisa,
Me dá risa.

El hombre, que á amor extraño,
Pone todo su querer
En la voluble mujer,
Y al conocer el engaño
En cólera airado monta,
Y la llama infiel, y tonta,
Mientras su vigote alisa,
Me dá risa.

Me rio de una jamona
Rancia, que rebusca amores,
De pollos, de aduladores,
De niña tontita y mona:
Y hasta el quijote pedante
Que bajo el frac elegante
Oculto rota camisa,
Me dá risa.

F. DE P. VELAZQUEZ Y LORENTE.

Madrid 21 Octubre, 1859.

Noticias varias.

ES VENTAJOSO. El Sr. D. Jaime Merelo, profesor de esgrima, ha abierto academia en esta ciudad calle del Hombre de Palo, núm. 4 moderno: ofrece asistir tambien á casas particulares y corporaciones por honorarios económicos; la utilidad del arte y la perfeccion con que nos consta le ejecuta, le hacen acreedor á que concurran á aprovecharse de esta ventajosa ocasion los que quieran instruirse en tan beneficioso estudio para la defensa del hombre.

DESGRACIA. En la noche del domingo 6 del actual, al retirarse de caza un armero de esta capital que vive calle de Obra Prima, á la puerta misma de su casa y al castigar á su perro, se le escapó el tiro de la escopeta hiriéndole mortalmente: el infeliz tiene bastantes hijos y en su mayor parte de cortísima edad segun creemos, por lo que sería una desgracia deplorable el que falleciera dejando tan numerosa

prole. Unamos todos nuestros ruegos al Altísimo porque conserve la vida á este desventurado padre.

TAMBIEN NOSOTROS. Imitando el ejemplo de otras provincias, y dando pruebas de amor patrio, el Alcalde constitucional de esta capital invitando á algunos jóvenes aficionados á la declamacion, tienen dispuesta una funcion para ejecutarla en el Teatro principal y lo mas pronto posible, para beneficiar sus productos á la guerra de Africa; se pondrá en escena la linda comedia en tres actos y en verso *Trampas inocentes*, una loa improvisada y escrita espresamente para las circunstancias actuales por jóvenes de esta ciudad, nominada, *España y Africa: la Gallegada* por dos niñas de esta poblacion, y la graciosa pieza en un acto, nominada, *El Padrino á mojicones*.

TEATRO. El lunes segun anunciamos en la anterior revista, se estrenó la interesante zarzuela del Sr. Rubí, música del señor Arrieta, *La Hija de la Providencia*; solo el Sr. Campoamor, en nuestro concepto, estuvo bien en el D. Alvaro de Toledo, son muy dramáticas todas las escenas y es algo difícil su ejecucion; el Sr. Olave en la primera salida bastante regular, la concurrencia numerosa y escogida: el jueves se repitió, y como la noche anterior, podemos asegurar que es la zarzuela de mejor argumento que hemos visto. El sábado se ejecutaron la pieccecita en un acto *Dos en uno* y las zarzuelas *Los dos ciegos* y *El último mono*.... las cuales no pudimos ver y lo sentimos. El domingo se puso con el buen éxito de siempre *El Sarjento Federico*, y no escasa concurrencia, y anoche se estrenó en este Teatro *La Cisterna Encantada*, de la que no tenemos tiempo de ocuparnos.

Sabemos que nuestro amigo el Sr. Ludeña lleva en muy buen estado el telon de rompimiento que ha de acompañar al salon réjio que tenemos: ha imitado perfectamente las tintas del Sr. Orozco y parecerá uno y otro como hecho por una misma mano. Muy en breve tendremos el gusto de verle con el uido.

L. S. DE LA CUERDA.

Variedades.

SÍMILES.

- ¿En qué se parecen las piernas de un elegante, con calzon ajustado, á las patas de un alcaraban?
- En que son imperceptibles.
- ¿En qué se parece un cojo á otro cojo?
- En que los dos lo están.
- ¿Y ciertas niñas que pasean en Zocodover á la campana gorda?
- En lo huecas.

APOLOGOS.

Por insultar Perico á su Simona
A boca llena la llamaba mona;
Por ofender Simona á su Perico
A voz en cuello le llamaba mico.
Ni él se quejaba, ni ella lo sentía:
Que ella dijo verdad, y el no mentía.

La linda Inés casó con Agustín
Que es jorobado, tuerto, cojo y ruin.

¿Cómo á tan horrorosa criatura
La bella Inés amor eterno jura?
¿El Señor Don Dinero
Es hoy el mas hermoso caballero!

F. DE P. VELAZQUEZ Y LORENTE.

Cesante se encontraba Don Balbino
Y era amigo del pobre Celestino:
Mas al fin colocarse consiguió
Y al pobre Celestino despreció.
Esto quiere decir, que en tiempo de higos
No se suele mirar á los amigos.

JULIAN CASTELLANOS.

EPÍGRAMAS.

Viniendo ayer muy contento
Antonio con su mujer,
Vieron un toro correr
Y él se asustó en el momento.
Ella sin mostrar disgusto
Dijo apuntando á su frente:
«Tantos cuernos miro enfrente
Que ya de esos no me asusto.»

Contaba un cuento á Leonor
Y con él mucho reia,
Porque era enredo de amor.
Y al llegar á lo mejor...
Nos hizo parar su tia.

El soldado Luis Pastor
Sin cesar gasta y regasta,
Y aunque tanto el pobre gasta
No ha llegado á gastador.

GABRIEL BUENO.

SOLUCION Á LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

Ví en la venta una mañana
Rica nata en fuentes cien,
Cuando uno me dijo ven
Asómate á esta VENTANA.
Un suscriptor.

CHARADA.

Primera y cuarta componen
El nombre de una mujer.
Con la tercera y la cuarta
Otro se forma tambien,
Y mis tres sílabas últimas
Son de muy grande interés
Para aquellos centinelas
Que están fuera del cuartel.
Segunda y cuarta en la casa
Las verás mas de una vez,
Y mi todo, finalmente,
Es un nombre de mujer.

MATEO CASADO Y REAL.

Editor responsable, D. Juan Bueno.

TOLEDO: 1859.

IMPRENTA DE SEVERIANO LOPEZ FANDO,
Aucha, 31, y Nuncio Viejo, 11.